

algunos muy «ardientes» son notablemente inferior al que debería esperarse por el rendimiento en el test. La clasificación debería atender, con el mismo interés que al nivel de inteligencia, al de soltura o pegajosidad de los procesos mentales, que se refleja por la velocidad o lentitud de los rendimientos, y no por la calidad. Más claro todavía, desde el punto de vista del maestro. Cuando en la clase se explica un problema algo difícil, salen entendiéndolo los listos-rápidos; y salen sin entenderlo los torpes, los atolondrados y... los inteligentes lentos. Estos lo entenderán probablemente en casa; pero el maestro, entre tanto, se ha esforzado inútilmente por que lo comprendieran. Y esto no es lo más grave: con serlo bastante, porque fatiga inútilmente. Lo peor es si, en vez de uno, son cinco problemas difíciles; y si pierde la paciencia el maestro y le llama «torpe»; y si el niño se lo cree; y si llegan a creérselo los que le rodean. Entonces, aparte el suplicio que significa para él, mayor cuanto más inteligente sea, la merma de rendimiento es segura, por la inseguridad misma del chico y por la desconfianza consiguiente en sus fuerzas. Visto desde el rendimiento, es casi tan pernicioso el creerse torpe como el serlo. En cuanto un equilibrista titubea, se cae como un lego; y un futbolista que teme resentirse del dolor de empeine, chutará casi tan flojo como si en realidad le fuera a doler, aunque estuviera curado. Mas esto es otro tema, y pide otra ocasión.

¿Qué criterio adoptar, entonces, para la clasificación de los escolares? Hablando en el supuesto de que se haga según la inteligencia, y planteándolo en el caso excesivamente simple de que se puedan hacer cuatro grupos, nos parece más apropiado hacer un grupo con cada uno de los cuatro tipos hallados. El maestro podría acomodar así, sin grandes distensiones del esfuerzo, la explicación a la

debería esperarse por el rendimiento en el test, a unos, cosas difíciles y con ritmo de actividad más bien acelerado; a otros, esas mismas cosas, pero más despacio; a otros, cuestiones más fáciles, etc.

El caso se ha planteado en su grado extremo de sencillez, y, por lo mismo, en su probabilidad mínima de aplicación. Vamos a suponer que se pueden hacer solamente dos grupos. Se ha discutido mucho, y se seguirá haciendo, porque hay razones sólidas en pro de una opinión y de la otra, y su aceptación más depende del peso que particularmente se quiera otorgar a unas o a otras; se ha discutido hasta la saciedad si es o no conveniente la separación de los grupos precisamente a base de su inteligencia. No se nos ocurre dividir la cuestión, naturalmente. Lo que nos parece oportuno es atenuarla o eludirla. En la solución anterior se atenuaba. En la presente, se pretende eludirla. Y creemos que se consigue, si, en vez de hacer la separación por la calidad de la inteligencia, se atiende al ritmo o tiempo de la misma. Entonces tendríamos en una de las dos clases a los que más bien trabajan rápidamente; y en otra, a los que lo hacen con más parsimonia. Pero en ambas clases habría inteligentes y torpes por igual, aproximadamente. Creemos que el rendimiento se beneficiaría de este simple reparto. Y mucho más si al grupo de los despabilados se les destina un maestro movido y ágil, y al de los parsimoniosos un paciente escogado y constante. Pero activo en ambos casos; que no es lo mismo pausado que haragán.

No tenemos noticia de que esta sugerencia se haya puesto en práctica. Pero sí hemos observado, y otros muchos con nosotros, que el rendimiento no es proporcional a la inteligencia en la medida que era de esperar. Es que hay otros factores de este rendimiento que no son la intensidad de la inteligencia, sino otras cualidades de la misma o, mejor,